

## Frente a la pedagogía del silencio...

# Respeto a la diversidad cultural

Rafael Feito Alonso.  
F. Sociología. U. Complutense (Madrid).

El término convivencia aplicado al sistema o a los centros educativos parece haberse reducido a un eufemismo con el que referirse a los actos de violencia o que atentan contra el normal funcionamiento de los centros. De hecho, las llamadas comisiones de convivencia -emanadas del consejo escolar de centro- lejos de hacer propuestas para conseguir un ambiente agradable y armónico en los centros se han convertido en jueces para los casos de indisciplina -de hecho los alumnos utilizan la militaresca expresión te van a hacer un consejo, lo que por otra parte da una idea de en qué consiste para estos la democracia escolar-.

Admitiendo implícitamente esta estrecha definición, el informe *Diagnóstico general del sistema educativo* del Instituto Nacional de Evaluación educativa (1998) dedica un epígrafe a la convivencia en donde se abunda en los temas de indisciplina. Ahí se señala que una cuarta parte de los encuestados está algo preocupado por el tema de la violencia en el entorno del centro educativo y el 8% lo percibe como un asunto de preocupación grave. El 80% afirma que ha habido situaciones de indisciplina en su centro en los últimos tres años. No obstante, *no se puede afirmar que los niveles de convivencia en los centros estén muy deteriorados* (op. cit. p. 68).

### La pedagogía de la tiza

No hay ninguna duda de que es a la altura de la adolescencia (desde el comienzo de la ESO o, anteriormente, el ciclo superior de la EGB) cuando empiezan a aparecer serios problemas de indisciplina. Hasta entonces la escuela tiene aún mucho de lúdico y no hay alternativas a la permanencia en la escuela. A partir de la ESO la enseñanza se *asignaturiza*, hay profesores especializados por áreas y, sobre todo, el tedio empieza a apoderarse de los alumnos (incluso de aquellos que rinden académicamente). Los pocos estudios empíricos sobre el interior de las aulas muestran que en el ciclo superior de la EGB empezaba a preponderar la pedagogía de la tiza y de pizarra: el profesor habla y los alumnos -más o menos- callan. En la medida en que los alumnos pertenezcan a medios culturalmente más distantes de la escuela -como ocurría en la anterior Formación Profesional de primer grado- la situación se complica enormemente. Si la escuela, además de aburrir, no ofrece credenciales que tengan validez en el mercado de trabajo complica enormemente su funcionamiento cotidiano. Hoy en día es cada vez más frecuente que, incluso en centros que escolarizan a hijos de universitarios, proliferen los actos de indisciplina.

## Comprensividad y diversidad

Es verdad que la apuesta comprensiva a la altura de la secundaria puede agravar los problemas de los centros, dada la mezcla de *buenos y malos* alumnos. Pero la comprensividad es ininteligible sin la atención a la diversidad. Ahora a cada centro compete hacer su interpretación del diseño curricular base, de modo que tendrá que ingeniárselas para algo tan elemental como hacer que la educación básica -la cual es imprescindible para integrarse en nuestra sociedad- resulte atractiva para todos los alumnos y no solo para aquellos cuyos padres tienen muchos libros en casa. Es importante destacar que las adaptaciones curriculares deben hacerse en todos los centros, de modo que deben abarcar a todos los alumnos, tanto a los que van bien como a los que van peor.

La primera labor de la escuela debiera ser la de respetar la diversidad cultural. La escuela parte del supuesto de que el tipo ideal de alumno es un niño de clase media con padres cultivados, interesados por la escolarización de sus hijos. Niño que además acude a la escuela con las claves ocultas que le permitirán transitar exitosamente por ella: lenguaje más elaborado, posesión de las gratificaciones, individualismo.

Hoy en día todo profesor debe ser consciente que las aulas son lugares donde confluyen distintas culturas junto a la académica de la escuela. Hay diferentes culturas en función de la clase social, del género, de la raza, de la etnia, de la localidad, etc. Esto supone que en una sociedad como la nuestra existen distintos mecanismos de expresión lingüística (en muchas ocasiones la negativa a expresarse en el lenguaje estándar procede de una explícita no aceptación de la sociedad en que se vive, es decir, no significa ni menor inteligencia ni menores destrezas lingüísticas), distintas escalas de valor (la escuela puede valorar mucho el que los niños reciten de memoria poemas de **Espronceda**, mientras que en algunos ambientes se valora más el saber contar chistes). No se tienen la misma visión del niño y del adolescente en todos los grupos sociales. Por ejemplo, entre los menores de clase trabajadora manual hay una fuerte oposición a atenerse a los cánones de sobreprotección y de aislamiento de la realidad circundante que impone la permanencia en la burbuja escolar.

## La atención a la diversidad, ¿mero trámite?

Desgraciadamente, hasta el momento, no es mucho lo que se está haciendo por atender a la diversidad. La mayoría de los proyectos educativos de centro, documentos que debieran ser la piedra angular de la diversidad, son meros trámites administrativos con los que librarse de la presión de la Inspección. La formación permanente del profesorado es un canto a la uniformización, hasta el punto de que incluso la formación en centros apenas difiere de un colegio o instituto a otro. Los libros de texto, que debieran haber quedado en un segundo plano, siguen siendo un poderoso negocio en manos de las editoriales. Toda la retórica sobre el autoaprendizaje de los alumnos queda en un segundo plano con este panorama.

¿Por qué si la escuela es tan buena, especialmente para quienes proceden de ambientes desfavorecidos, genera tanto rechazo entre sus beneficiarios? El funcionamiento cotidiano de la escuela sigue siendo un aburrimiento para casi todos los alumnos. Ya **Durkheim** decía, frente al pensamiento pedagógico de su época, que las relaciones educativas, lejos de ser de comunicación, eran relaciones de dominación. En nuestras escuelas, especialmente en secundaria, sigue preponderando la pedagogía del silencio, donde el grueso del poder se concentra en la figura del profesor, poder que raya la arbitrariedad: él puede decidir si sus clases son o no participativas, si es receptivo o no a las iniciativas de los alumnos. En la medida en que los proyectos educativos se conviertan en una reflexión sobre la práctica docente estas arbitrariedades tendrán menor peso o, al menos, serán unas arbitrariedades explícitas.

A mi modo de ver, la única manera de que las escuelas sean espacios de convivencia armónica y creativa es que éstas dialoguen productivamente con las distintas culturas con que los alumnos llegan al sistema educativo.